

Byung-Chul Han

El espíritu de la esperanza

Con imágenes de Anselm Kiefer



Herder

Título original: Der Geist der Hoffnung

Traducción: Alberto Ciria

Diseño de la cubierta: Ferran Fernández

Imagen de la portada: Anselm Kiefer

© 2024, Herder Editorial, S. L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-5101-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Imprenta: Gráficas 94

Depósito legal: B-3923-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

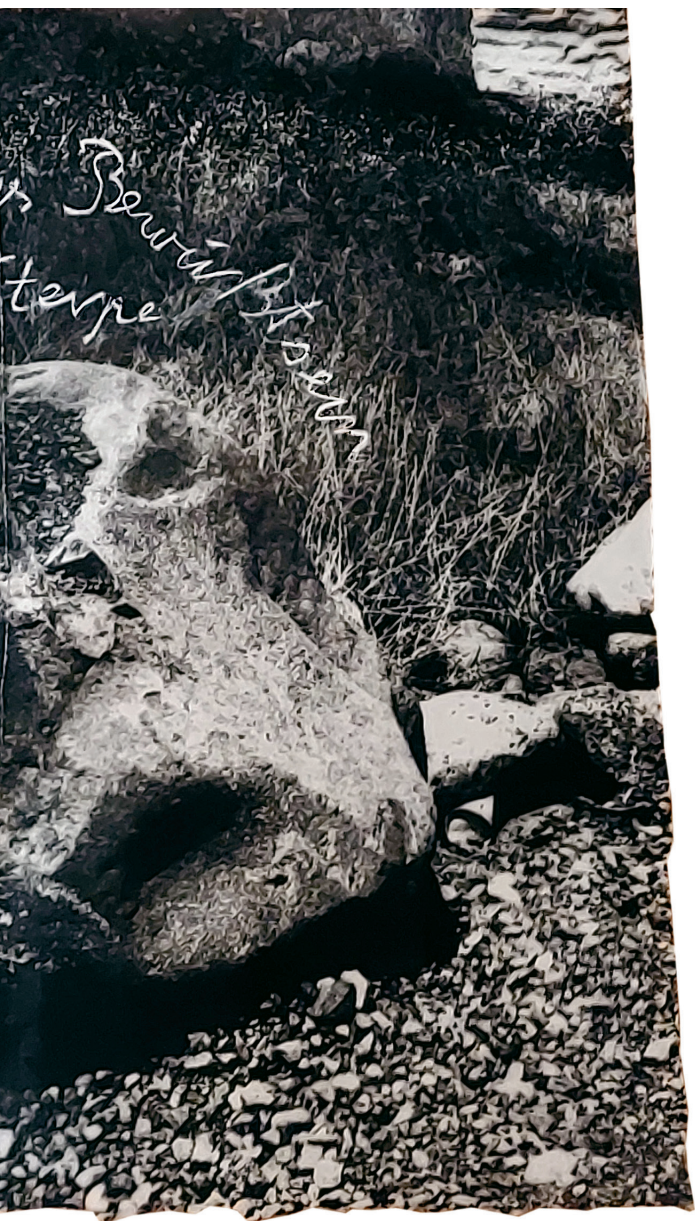
www.herdereditorial.com

Índice

Preludio	13
Esperanza y acción	37
Esperanza y conocimiento	93
Esperanza como forma de vida	117
<i>Índice de imágenes</i>	141

für 3 Kan den
der





Беркут
терре

La esperanza es un afán y un salto.

GABRIEL MARCEL

*Mientras aún le quede luz
a la estrella
nada estará perdido.*

Nada.

PAUL CELAN

Preludio

MERODEA el fantasma del miedo. Permanentemente nos vemos abocados a escenarios apocalípticos como la pandemia, la guerra mundial o las catástrofes climáticas: desastres que continuamente nos hacen pensar en el fin del mundo o en el final de la civilización humana. En 2023, el Doomsday Clock o Reloj del Apocalipsis indicaba que faltaban noventa segundos para la medianoche. Dicen que su minuterero jamás había estado tan cerca de las doce.

Parece que los apocalipsis están de moda. Se venden ya como si fueran mercancía: *Apocalypses sell*, «los apocalipsis venden». Y no solo en la vida real, sino que también en la literatura y en el cine se respira un ambiente de fin del mundo. Por ejemplo, en su narración *El silencio*, Don DeLillo cuenta la historia de un apagón total. Numerosas obras literarias nos hablan también de ascensos de temperatura y de subidas del nivel del mar. La ficción climática se ha implantado ya como un nuevo género

literario. Otro ejemplo: la novela de T. C. Boyle *Un amigo de la tierra* nos narra un cambio climático de dimensiones apocalípticas.

Estamos padeciendo una crisis múltiple. Miramos angustiados a un futuro tétrico. Hemos perdido la esperanza. Pasamos de una crisis a la siguiente, de una catástrofe a la siguiente, de un problema al siguiente. De tantos problemas por resolver y de tantas crisis por gestionar, la vida se ha reducido a una *supervivencia*. La jadeante *sociedad de la supervivencia* se parece a un enfermo que trata por todos los medios de escapar de una muerte que se avecina. En una situación así, solo la esperanza nos permitiría recuperar una vida en la que *vivir* sea más que *sobrevivir*. Ella despliega todo un *horizonte de sentido*, capaz de reanimar y alentar a la vida. Ella nos regala el *futuro*.

Se ha difundido un clima de miedo que mata todo germen de esperanza. El miedo crea un ambiente depresivo. Los sentimientos de angustia y resentimiento empujan a la gente a adherirse a los populismos de derechas. Atizan el odio. Acarrearán pérdida de solidaridad, de cordialidad y de empatía. El aumento del miedo y del resentimiento provoca el embrutecimiento de toda la sociedad y, en definitiva, acaba siendo una amenaza para la democracia. Con razón decía el presidente estadounidense saliente Barack Obama en su discurso de des-

pedida: «*Democracy can buckle when we give in to fear*» («La democracia puede derrumbarse si cedemos ante el miedo»).¹ La democracia es incompatible con el miedo. Solo prospera en una atmósfera de reconciliación y diálogo. Quien absolutiza su opinión y no *escucha* a los demás ha dejado de ser un ciudadano.

El miedo ha sido desde siempre un excelente instrumento de dominio. Vuelve a las personas dóciles y fáciles de extorsionar. En un clima de angustia las personas no se atreven a expresar libremente su opinión, por miedo a la represión. Los discursos de odio y los linchamientos digitales, que claramente atizan el odio, impiden que las opiniones puedan expresarse libremente. Hoy ya nos da *miedo hasta pensar*. Se diría que hemos perdido el *valor de pensar*. Y, sin embargo, es el pensamiento, cuando se hace empático, el que nos abre las puertas de lo totalmente distinto. Cuando impera el miedo las diferencias no se atreven a mostrarse, de modo que solo se produce una prosecución de lo *igual*. Se impone el conformismo. El miedo nos cierra las puertas a lo distinto. Lo *distinto* es inasequible a la lógica de la eficiencia y la productividad, que es una *lógica de lo igual*.

¹ Citado en Martha Nussbaum, *La monarquía del miedo. Una mirada filosófica a la crisis política actual*, Barcelona, Paidós, 2019.

Donde hay miedo es imposible la libertad. Miedo y libertad son incompatibles. El miedo puede transformar una sociedad entera en una cárcel, puede ponerla en cuarentena. El miedo solo instala señales de advertencia. La esperanza, en cambio, va dejando indicadores y señalizadores de caminos. La esperanza es la única que nos hace ponernos *en camino*. Nos brinda *sentido y orientación*, mientras que el miedo imposibilita la *marcha*.

Hoy no solo tenemos miedo de los virus y las guerras. También el *miedo climático* inquieta a la gente. Los activistas climáticos confiesan tener «miedo al futuro». El miedo les roba el *futuro*. No hay duda de que hay motivos para tener «miedo climático». Eso es innegable. Pero lo verdaderamente preocupante es la propagación del *clima de miedo*. El problema no es el miedo a la pandemia, sino la *pandemia de miedo*. Las cosas que se hacen por miedo no son *acciones abiertas al futuro*. Las acciones necesitan un *horizonte de sentido*. Deben ser *narrables*. La esperanza es *elocuente*. Narra. Por el contrario, el miedo es *negado para el lenguaje*, es *incapaz de narrar*.

Angustia (en medio alto alemán *angest*, en antiguo alto alemán *angust*) significa originalmente, igual que en latín, «angostura». Al constreñir y bloquear la visión, la angustia sofoca toda amplitud, toda perspectiva. Quien se angus-

tia se siente acorralado. La angustia conlleva la sensación de aprisionamiento y encerramiento. Cuando estamos angustiados el mundo se nos antoja una cárcel. Tenemos cerradas todas las puertas que nos sacarían al aire libre. La angustia impide el futuro cerrándonos las puertas a lo *posible*, a lo *nuevo*.

Ya por la etimología del término, la esperanza es opuesta al miedo. El diccionario etimológico de Friedrich Kluge explica así la voz *hoffen*, «esperar»: «Cuando uno quiere ver más lejos o trata de ver mejor, se estira hacia delante». Por tanto, esperanza significa «mirar a lo lejos, mirar al futuro».² La esperanza nos abre los ojos a lo venidero. El verbo *verhoffen*, «tomar el viento», tiene aún el sentido original de esperar, *hoffen*. En la jerga de caza significa «indagar o rastrear por el viento la caza», es decir, detenerse para escuchar, para acechar, para olfatear. Por eso, se dice «el perro toma el viento». Quien espera «toma el viento», es decir, mira dónde ponerse y qué *dirección tomar*.

La esperanza más íntima nace de la desesperación más profunda. Cuanto más profunda sea la desesperación, más fuerte será la esperanza. No es casualidad que, en la mitología

2 Friedrich Kluge, *Etymologisches Wörterbuch der deutschen Sprache*, Berlín/Nueva York, De Gruyter, 1986, p. 313.

griega, Elpis, la diosa de la esperanza, sea hija de Nix, la diosa de la noche. Los hermanos de Elpis son Tártaro y Érebo (los dioses de las tinieblas y las sombras), y su hermana es Eris. Elpis y Eris son familia. La esperanza es una figura dialéctica. La negatividad de la desesperación es constitutiva de la esperanza. También san Pablo subraya que la negatividad es inherente a la esperanza:

Nos gloriamos incluso de los sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento da firmeza para soportar, y esa firmeza nos permite ser aprobados por Dios, y el ser aprobados por Dios nos llena de esperanza. Una esperanza que no defrauda.³

Desesperación y esperanza son como valle y montaña. La *negatividad* de la desesperación es inherente a la esperanza. Así explica Nietzsche la relación dialéctica entre esperanza y desesperación:

La esperanza es un arco iris desplegándose sobre el manantial de la vida que se precipita en vertiginosa cascada; un arco iris cien veces engullido por el espumaje y otras tantas veces rehecho de nuevo, y que

3 Rom 5,3-5.

con tierna y bella audacia despunta sobre el torrente, ahí donde su rugido es más salvaje y peligroso.⁴

No hay descripción más certera de la esperanza. Posee una *tierna y bella audacia*. Quien tiene esperanza obra con audacia y no se deja confundir por los rigores y las crudezas de la vida. Al mismo tiempo, la esperanza tiene algo de *contemplativo*. *Se estira hacia delante y aguza el oído*. Tiene la *ternura* de la receptividad, que le da *belleza y encanto*.

No es lo mismo *pensar con esperanza* que ser optimista. A diferencia de la esperanza, el optimismo carece de toda *negatividad*. Desconoce la duda y la desesperación. Su naturaleza es la *pura positividad*. El optimista está convencido de que las cosas acabarán saliendo bien. Vive en un tiempo *cerrado*. Desconoce el futuro como campo abierto a las posibilidades. Nada *acontece* para él. Nada lo sorprende. Le parece que tiene el futuro a su entera disposición. Sin embargo, al verdadero futuro es inherente la *indisponibilidad*. El optimista nunca otea una

4 Friedrich Nietzsche, *Fragmentos póstumos, vol. II* (1875-1882), Madrid, Tecnos, 2008, p. 351 [sin renunciar a la rigurosa fidelidad al original, algunas citas de traducciones se reproducen ligeramente modificadas para homogeneizarlas entre sí o para hacerlas más comprensibles en este contexto. *N. del T.*].

lejanía indisponible. No cuenta con lo inesperado ni con lo imprevisible.

A diferencia del optimismo, que no carece de nada ni está *camino* de ningún sitio, la esperanza supone un *movimiento de búsqueda*. Es un intento de encontrar asidero y rumbo. Quizá sea precisamente por eso que nos lanza hacia lo *desconocido*, hacia lo *intransitado*, hacia lo *abierto*, hacia lo que *todavía no es*, porque no se queda en lo sido ni en lo que ya es. Pone rumbo a lo que *aún está por nacer*. Sale en busca de lo *nuevo*, de lo *totalmente distinto*, de lo que *jamás ha existido*.

El optimismo no hace falta conquistarlo. Se tiene sin más como algo obvio, igual que uno tiene su talla corporal o un rasgo personal invariable: «[El optimista] está encadenado a su jovialidad como el galeote a su remo: una perspectiva nada halagüeña».⁵ El optimista no necesita razonar su actitud. En cambio, la esperanza no la hay sin más como algo obvio. *Nace*. Muchas veces hay que *suscitarla* y *concitarla* expresamente. A diferencia del optimismo, falto de toda resolución, la esperanza activa se caracteriza por su *entusiasmo*. El optimista no *actúa* de propio. Toda acción conlleva un *riesgo*. Pero el optimista no arriesga nada.

⁵ Terry Eagleton, *Esperanza sin optimismo*, Barcelona, Taurus, 2016, p. 18.

En el fondo, el pesimismo no se diferencia tanto del optimismo. En realidad, es su reflejo inverso. También el pesimista vive en un tiempo *cerrado*. Está encerrado en la «*cárcel del tiempo*».⁶ El pesimista no se aviene a nada y rechaza todo *cambio*, sin abrirse a nuevos *mundos posibles*. Es tan testarudo como el optimista. Tanto el optimista como el pesimista son *ciegos para las posibilidades*. Nada saben de *eventos* que puedan dar un giro sorprendente al curso de los acontecimientos. Carecen de imaginación para lo *nuevo* y son incapaces de *apasionarse con lo que jamás había existido*. En cambio, quien tiene esperanza apuesta por las posibilidades que nos sacarían de «lo que no debería existir».⁷ La esperanza nos permite *escapar de la cárcel del tiempo cerrado*.

Hay que distinguir también la esperanza del «pensamiento positivo» y de la «psicología positiva». La psicología positiva se desliga de la *psicología del sufrimiento* y trata de ocuparse exclusivamente del bienestar y de la dicha. Si a uno lo atormentan pensamientos negativos, lo que tiene que hacer es cambiarlos en el acto por otros positivos. La psicología positiva tiene como objetivo hacer que la dicha sea mayor.

6 Gabriel Marcel, *Philosophie der Hoffnung. Die Überwindung des Nihilismus*, Múnich, List, 1964, p. 56.

7 Ernst Bloch, *El principio esperanza I*, Madrid, Trotta, 2004, p. 368.

Los aspectos negativos de la vida se obvian por completo. Esa psicología nos presenta el mundo como unos grandes almacenes en los que nos suministran cuanto pedimos.

Según la psicología positiva, cada uno es el único responsable de su propia felicidad. El culto a la positividad hace que las personas a las que les va mal se culpen a sí mismas, en lugar de responsabilizar de su sufrimiento a la sociedad. Se reprime la conciencia de que el sufrimiento siempre se *transmite socialmente*. La psicología positiva psicologiza y privatiza el sufrimiento, mientras que deja intacto el complejo de cegamiento social que lo causa.

El culto a la positividad aísla a las personas, las vuelve egoístas y suprime la empatía, porque a las personas ya no les interesa el sufrimiento ajeno. Cada uno se ocupa solo de sí mismo, de su felicidad, de su propio bienestar. En el régimen neoliberal, el culto a la positividad hace que la sociedad se vuelva insolidaria. A diferencia del pensamiento positivo, la esperanza no le da la espalda a las negatividades de la vida. *Las tiene presentes*. Además, no aísla a las personas, sino que las vincula y reconcilia. *El sujeto de la esperanza es un nosotros*.

En la Epístola a los Romanos leemos: «Ahora bien, si lo que se espera ya está a la vista, entonces no es esperanza, porque ¿para

qué esperar lo que ya se está viendo?».⁸ La modalidad temporal de la esperanza es el *todavía no*. Ella está abierta a lo *venidero*, a lo que *aún no es*. Es una actitud espiritual, un *temple* anímico que nos eleva por encima de lo ya dado, de lo que ya existe. Según Gabriel Marcel, la esperanza está trenzada «en el tejido de una experiencia en curso», metida en una «aventura que aún no ha terminado».⁹ Esperar significa «conceder un crédito a la realidad»,¹⁰ tener fe en ella, dejarla que se preñe de futuro. La esperanza nos hace *creer en el futuro*. El miedo, en cambio, nos hace perder toda nuestra fe y resta crédito a la realidad. Por eso, impide el futuro.

Siguiendo a Derrida, podemos distinguir dos formas de tiempo venidero: el futuro y el advenimiento.¹¹ El futuro trae cosas que se producirán más tarde: mañana, el año que viene o cuando sea. El tiempo venidero como futuro se puede predecir, planear y calcular. De este modo, se puede administrar. En cambio, el tiempo venidero como advenimiento se refiere a *acontecimientos* que pueden irrumpir de forma totalmente imprevista. El advenimiento es inase-

8 Rom 8,24.

9 Gabriel Marcel, *Philosophie der Hoffnung*, op. cit., p. 56.

10 *Id.*, *Ser y tener*, Madrid, Caparrós, 2003, p. 70.

11 Amy Ziering Kofman y Kirby Dick (dirs.), *Derrida*, película documental, 2002.

quible a todo cálculo y planificación. Abre un *campo de posibilidades* indisponibles. Anuncia la *venida de lo distinto*, que no es predecible. Se caracteriza por su *indisponibilidad*.

Experiencias tales como una felicidad muy intensa o un amor apasionado tienen también su *polo negativo*. Ese polo negativo es el terreno en el que echan raíces y crecen. Sin hondura no hay elevación. El amor es también *pasión*. Por eso, Simone Weil erige el sufrimiento en condición de posibilidad del amor: «Solo a través del sufrimiento sentí la presencia de un amor análogo al que se lee en la sonrisa de un rostro amado».¹² Sin negatividad es imposible la intensidad. Nuestra experiencia se ha atrofiado y se ha reducido al «me gusta», tan usado hoy en todas partes, pero totalmente carente de negatividad. El «me gusta» es la fórmula básica del consumo. Las negatividades y las intensidades no encajan con el consumo. También la esperanza es una intensidad. Viene a ser una *plegaria interior del alma*, una *pasión* que se suscita ante la negatividad de la desesperación.

La esperanza como *pasión* no es pasiva, sino que conlleva su propia firmeza. Viene a parecerse a aquel activo *topo de la historia* que, lleno de confianza, excava innumerables túneles

12 Simone Weil, *A la espera de Dios*, Madrid, Trotta, 1993, p. 42.

en las tinieblas. En las *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, Hegel compara el espíritu con este topo calzado con sus botas de siete leguas:

Pero el espíritu siempre avanza. Aunque a veces pareciera olvidado de sí mismo y perdido, en su interior [...] sigue trabajando, como dice Hamlet del espíritu de su padre: «Buen trabajo, viejo topo». Hasta que, una vez que se ha fortalecido, se desprende de la corteza terrestre que lo separaba de su sol, que en este caso es su concepto, y entonces esa corteza se cae y se rompe. Mientras el mundo antiguo aún se estaba desmoronando como un edificio muerto y carcomido, él ya se había calzado las botas de siete leguas, y ahora se nos presenta encarnando una nueva juventud.¹³

El espíritu de la esperanza supone también un *avance*. *Trabaja para avanzar* en plenas tinieblas. Sin tinieblas no hay luz.

La angustia, que actualmente es omnipresente, no se basa realmente en una catástrofe permanente. Lo que más nos atormenta son unos *miedos difusos* que son *estructurales* y cuya causa, por tanto, no se puede atribuir a

¹³ G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la historia de la filosofía III*, Ciudad de México, FCE, 1985, p. 513.

acontecimientos concretos. El régimen neoliberal es un *régimen del miedo*. Hace que las personas se aislen, al convertirlas en *empresarias de sí mismas*. La competencia indiscriminada y la presión para rendir cada vez más debilitan a la comunidad. El aislamiento narcisista genera soledad y miedo. También nuestra conducta está cada vez más marcada por el miedo: miedo a fracasar, miedo a no estar a la altura de lo que uno espera de sí mismo, miedo a no poder mantener el ritmo o miedo a quedarse descolgado. Precisamente este miedo ubicuo es un motor que hace que aumente la productividad.

Ser libre significa no estar sometido a presiones. Sin embargo, en el régimen neoliberal es la propia libertad la que las crea. Esas presiones no vienen de fuera, sino de nosotros mismos. La obligación de rendir más y la necesidad de optimizar son presiones que nos ponemos libremente. Libertad y coerción coinciden aquí. Acatamos voluntariamente la obligación de ser creativos, eficientes y auténticos.

Precisamente, esa creatividad que tanto se invoca impide que surja *algo radicalmente distinto, algo nuevo e inaudito*. Trae aparejada una nueva forma de producción. La sociedad del rendimiento, en la que se nos pide que seamos creativos, es, en forma de sociedad de servicios, la sucesora de la sociedad disciplinaria que había en la época de la industrialización. La creativi-